

Civilidad y cortesía como necesario lubricante de las relaciones cotidianas

León Trotsky
3 de abril de 1923

(Tomado de L. Trotsky, *El nuevo curso. Problemas de la vida cotidiana*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1974, páginas 206-210. Publicado en *Pravda*, el 3 de abril de 1923.)

Durante las muchas discusiones sobre el funcionamiento de nuestro estado, el camarada Kiselev, Presidente del Consejo Subsidiario de los Delegados del Pueblo, pone en primer lugar, o, al menos, vuelve a traer a colación, un aspecto del problema que es de gran importancia. ¿En qué sentido la maquinaria del estado entra en contacto directo con el pueblo? ¿Cómo se comporta con él? ¿Cómo trata al demandante, a la persona que ha sufrido una injusticia, al viejo “peticionante”? ¿Cómo atiende al individuo? ¿Cómo se dirige a él, si es que en realidad se dirige?... Esto, también, constituye un factor importante de la “vida”.

En este tema, sin embargo, debemos separar dos aspectos: forma y sustancia.

En todos los países democráticos civilizados la burocracia “sirve”, por supuesto, al pueblo. Esto no impide, sin embargo, que se eleve por encima de éste como si se tratara de una compacta casta profesional. Actualmente ya sea en Francia, Suiza o EE.UU., sólo es útil a los magnates capitalistas, más aún se comporta servilmente con ellos, mientras que trata arrogantemente a los trabajadores y campesinos. Pero en las “democracias” civilizadas este hecho está revestido de ciertas formas de civilidad y cortesía, de mayor o menor grado según los diferentes países. Pero cuando es necesario (y eso ocurre diariamente) la excusa de la civilidad es fácilmente echada a un lado por el puño de la policía; los huelguistas son apaleados en las comisarías de policía de París, Nueva York, y otros centros del mundo. Como quiera que sea, la civilidad “democrática”, en las relaciones entre la burocracia y el pueblo, es en lo esencial un producto y herencia de las revoluciones burguesas. La explotación del hombre por el hombre conserva su vigencia, ahora menos “brutal” y adornada con el pretexto de la igualdad y la urbanidad de las costumbres. En tanto contiene junto a los gérmenes de las nuevas relaciones humanas tradiciones provenientes de distintas épocas, nuestra máquina burocrática soviética es única y compleja. Entre nosotros, como regla general, la civilidad no existe. En cambio, es fácil observar gran cantidad de esa rusticidad heredada del pasado. Pero no es nada homogénea. Se trata de la simple rusticidad de origen campesino que, por cierto, no es plausible pero tampoco degradante. Sólo se vuelve insoportable y objetivamente reaccionaria, cuando nuestros jóvenes novelistas la exaltan como si se tratase de una excelente adquisición “artística”. Los elementos más adelantados de los trabajadores miran esa falsa sencillez con una hostilidad instintiva, porque precisamente en el lenguaje o el comportamiento vulgar perciben las huellas de la vieja esclavitud, mientras que ellos con su disciplina interna aspiran a adquirir un lenguaje culto. Pero esto sea dicho de paso...

Al lado de este tipo de rusticidad apacible, la habitual rusticidad pasiva del campesino, tenemos otra de tipo especial: la incivildad revolucionaria, la torpeza de los líderes, debido a la impaciencia, a un deseo por demás exacerbado, por mejorar las cosas, a la violencia provocada por nuestra indiferencia ante todas las pruebas de un esfuerzo vigoroso. Por supuesto, considerada en sí misma, esta torpeza tampoco es muy atractiva y en general evitamos caer en ella; pero finalmente se sustenta en la misma fuente de la moral revolucionaria, la cual en más de una ocasión durante los últimos años ha sido capaz de mover

montañas. En este caso, no es la sustancia que en general es creadora, progresista y bien intencionada, lo que debe transformarme sino más bien las formas distorsionadas...

Y todavía tenemos (y he aquí la gran piedra del escándalo) la torpeza de la vieja aristocracia que arrastra consigo las formas características del feudalismo. Este tipo de torpeza es viciosa y vil en todos sus aspectos. Entre nosotros aún no se ha erradicado por completo, y lograrlo no es nada fácil.

En los distritos de Moscú, especialmente en los más importantes, esta brutalidad aristocrática no se manifiesta de un modo agresivo, gritando, por ejemplo, o sacudiéndole un puñetazo en la nariz a algún peticionante; es mucho más corriente que lo haga a través de una despiadada formalidad. Por supuesto esta última no es la única causa de la “burocracia”, un motivo de gran peso es la total indiferencia por la vida del ser humano y su empeñoso esfuerzo por la subsistencia. Si pudiéramos realizar una apreciación sensible de los modos, réplicas, explicaciones, ordenanzas y decretos de todas las células del organismo burocrático, aun cuando se trate tan sólo de un día ordinario de Moscú, el resultado será una total confusión. En cuanto a la provincia, es todavía peor, especialmente a lo largo de la frontera donde linda la ciudad con el campo, la frontera que es la parte más vital de todas.

La “burocracia” es un complejo, en ningún sentido un fenómeno homogéneo; se trata, por el contrario, de un conglomerado de fenómenos y procesos de distintos orígenes históricos. Los principios que sustentan y nutren la “burocracia” son también sumamente diversos. El más importante es el nivel de nuestra cultura; el atraso y el analfabetismo de una vasta proporción del pueblo. La confusión general resultante de una maquinaria estatal en constante proceso de reconstrucción, inevitable en un período de revolución, es en sí mismo la causa de la mayor parte de las fricciones superfluas que desempeñan un papel importante en la conformación de la “burocracia”. La causa de lo más repulsivo de sus formas es la heterogeneidad de clases de la máquina soviética; la confusa mezcla de tradiciones aristocráticas, burguesas y soviéticas.

Por lo tanto, la lucha contra la “burocracia” no puede tener más que un carácter diversificado. En su base se halla la lucha contra el bajo nivel de cultura e higiene, contra el analfabetismo y la miseria. El mejoramiento técnico de la maquinaria, la reducción del número de funcionarios, la introducción de una mayor organización, minuciosidad y exactitud en el trabajo y otras medidas de naturaleza semejante, no agotan, por supuesto, el problema histórico, pero ayudan a debilitar los aspectos más negativos de la “burocracia”. Se le ha dado gran importancia a la formación de un nuevo tipo de burócrata soviético: los nuevos especialistas. Pero tampoco en esto debemos engañarnos. Son enormes las dificultades que se presentan para que, en un período de transición y por intermedio de preceptores heredados del pasado, un millar de trabajadores sean formados conforme a los nuevos cánones; espíritu de colaboración, sencillez y humanidad. Son enormes, pero no insuperables. No puede lograrse de inmediato, sino sólo gradualmente, por la aparición de una “edición” más y más mejorada de la juventud soviética.

Las medidas enumeradas necesitarán comparativamente largos años para su cumplimiento, pero en ningún sentido excluyen una lucha inmediata y sin demora contra la “burocracia”, contra el menosprecio oficial por el ser humano y sus necesidades, contra el verdadero nihilismo corruptor que enfrenta todo lo terrestre con una indiferencia estática, con una desesperanza cobarde que rehúsa conocer las causas de su propia dependencia, con un sabotaje consciente, y lucha también contra el instintivo odio de una aristocracia desposeída hacia la clase que la desposeyó. He aquí las principales causas de la rusticidad, que espera la aplicación de la palanca revolucionaria.

Debemos alcanzar una condición, que ponga fin al inexcusable servilismo individual de la clase trabajadora y ésta pierda sus inhibiciones frente a los despachos gubernamentales a los que necesariamente debe acudir. Debe prestarse principal atención a su prolongada

desesperanza, a su prolongada ignorancia y oscuridad. Es un requisito esencial que sea no sólo liberada sino, también, ayudada para su transformación. Conforme a este propósito, además de otras medidas, es fundamentalmente necesario que nuestra opinión pública soviética mantenga la cuestión constantemente en primer plano, estudiándola desde el ángulo más amplio posible, en especial el verdadero revolucionario soviético, comunista, hábiles elementos de la maquinaria estatal, entre los cuales felizmente hay tantos que colaboran para su mantenimiento y progreso.

La prensa puede cumplir un papel decisivo al respecto.

Desafortunadamente, nuestros periódicos, en general, proporcionan muy poco material informativo con respecto a la vida cotidiana. Si a veces se brinda tal información, lo más frecuente es que se lo haga a través de artículos estereotipados, tales como: “Existe una fábrica tal y tal. En la fábrica hay un comité y un director. El comité de la fábrica hace tal y tal cosa, el director dirige.” Mientras en ese mismo momento nuestra vida real está llena de color y es rica en episodios instructivos, particularmente a lo largo de la línea donde la maquinaria estatal entra en contacto con la masa del pueblo. No tenéis más que arremangaros...

Por supuesto, una tarea de iluminación e instrucción de este tipo debe cuidarse mucho de la intriga, debe despojarse de la hipocresía y de toda forma de demagogia.

Un “programa calendario” ejemplar tendrá por fin particularizar un centenar de servidores civiles; particularizar total e imparcialmente un centenar de servidores que han demostrado un profundo menosprecio de sus deberes para con las masas trabajadoras, y públicamente, quizá a través de un juicio, arrojarlos de la máquina del estado, de modo que nunca puedan volver a instalarse en ella. Será un buen comienzo. No debe esperarse que como resultado de ello ocurran milagros. Pero un pequeño cambio de lo viejo a lo nuevo constituye un útil paso adelante, de mucho más valor que el más grande de los discursos.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es